

LA FILOSOFIA REPUBLICANA ESPAÑOLA. / "Hispania",
Londres (Inglaterra), 1 enero 1912/

LA FILOSOFIA REPUBLICANA ESPAÑOLA.



N las últimas elecciones municipales de España, la derrota del partido republicano, ó más bien, de la conjunción republicano-socialista, ha sido evidente. Reconócenla los conjuncionistas mismos y todos los republicanos. Pero al inquirir las causas de ella, cada uno tira por su camino, aunque los más coincidan en él.

Desde luego la conjunción de las derechas, entrando en ella hasta partidos anti-dinásticos, se debe á la conducta de los republicanos que han provocado este movimiento de concentración política contra ellos. En él ha entrado buena parte de la llamada clase neutra. ¿Es que es hoy el republicanismo español más terrible ó peligroso que hace dos ó cuatro años era? No, precisamente ahora, cuando una buena parte del pueblo español se pronuncia en contra de él, es cuando nuestro republicanismo más en descomposición se encuentra.

Los republicanos mismos españoles achacan la descomposición de su partido, ó más bien de sus partidos, á las ambiciones, rivalidades y envidias de los jefes. Es ello natural; es la explicación que casi siempre suele buscarse á casos tales. No quieren fijarse en si el ideal mismo republicano, tal como viene planteado en España desde antes de la Revolución de Setiembre, no ha muerto por agotamiento de contenido. Lo que advierte el observador desapasionado es que la fé en la República ha muerto en los más conspicuos de los que la pregonan. Dicen sin recato, que lo mejor para el ideal republicano es que no se implante la República desde luego y que lo mejor sería una república sin republicanos. Y esta falta de fé, de interior convicción, ¿á qué responde?

Quiso el republicanismo español remozarse y remontar su fuerza aliándose con su tradicional enemigo, con el partido socialista obrero, cuyo guiñon es aquí Pablo Iglesias. Formóse la conjunción electoral republicano-socialista y llevó á Iglesias al Parlamento, y desde luego se vió á la minoría conjuncionista á remolque de Iglesias, habiendo en ella un tan caracterizado anti-socialista como Melquiades Alvarez.

Al encontrarse Iglesias, merced á la conjunción electoral de republicanos y socialistas, en el Parlamento, empezó á abogar por la revolución, hízose el apostol del revolucionarismo. Llegó este verano de 1911, estalló en Bilbao — hallándome yo allí — una llamada huelga general, cuyo origen y justificación económicas no se lograba ver claro, y se siguieron otras huelgas, también pretendidas generales, en casi toda España. Decían ser de solidaridad, alguna se votaba que durase tres días;



era algo así como una consigna. En estas huelgas ocurrieron los sucesos de Cullera. Y la mayoría del pueblo, sobre todo las dichas clases neutras, creyeron ver en ello un movimiento revolucionario fracasado. Desengañado el republicanismo revolucionario español de no poder derrocar el régimen mediante pronunciamientos militares debidos al soborno, y fiando poco en las revueltas callejeras de barricadas, acudía á las huelgas como apoyo.

Pero no han faltado republicanos que hayan visto el peligro de este procedimiento en el caso de un buen resultado. Después de la victoria el partido socialista obrero se llamaría á la parte y el cogollo del viejo republicanismo español, el tuétano de su fuerza histórica, lo constituyen pequeños burgueses, industriales, comerciantes, profesionales, contratistas. Casi todos los maestros de obras de esta ciudad de Salamanca en que escribo, son republicanos. Y los maestros de obras son mucho más profundamente anti-socialistas que los banqueros y los grandes terratenientes. Agréguese que los concejales socialistas de nuestros municipios se han cuidado más que de obra estricta y técnicamente socialista, como la de municipalización de servicios, v.gr., de colocar á los correligionarios, de convertir á los municipios en hospicios de la clase obrera. A ello les impulsa la masa obrera misma que no vé, como el burgués, sino eso: vivir del presupuesto.

No había una cordial ó íntima inteligencia entre el republicanismo y el socialismo españoles. Aquel es todavía, en su mayor parte, burgués, y de pequeña burguesía, que es lo peor. Su savia histórica es una savia de individualismo manchesteriano. Ciertamente es que asoman acá y allá conatos de republicanismo socialista, pero esto no contribuye sino á acelerar la disolución del partido. El socialismo de los más de los republicanos españoles, que dicen profesarlo, ó no es tal, ó no es sino una añagaza para atraerse al pueblo obrero que se les vá.

Queda otro problema nuestro, el de la constitución política nacional en sentido unitario ó federal, centralista ó descentralizador. Y tampoco aquí hay armonía entre nuestros republicanos. El federalismo, ó más bien el cantonalismo, el feroz particularismo español, nuestra tendencia localista y disociativa, fué lo que acabó con la República Española de 1874. La mató el pacto sinalagmático conmutativo bilateral que estalló en Cartagena y sus congéneres. Y este estado de cosas persiste. Y á él se debe la división en Barcelona entre republicanos nacionalistas, ó sea catalanistas y republicanos radicales, aunque estos pretendan ser también federales.

De nada sirve querer confundir las cosas por el procedimiento de intentar concordarlas, hay federalismos que no engañan á los verdaderos federales, á los cantonalistas. En el problema de la lengua se vé claro.

Ni en el aspecto económico social, ni en el aspecto de constitución nacional-política, presenta el republicanismo español, unidad de miras ni nada que de los partidos monárquicos le distinga. Porque no es el socialis-



UNIVERSIDAD
SALAMANCA



mo más compatible con una república como las de hoy, que con una monarquía constitucional, y en España hay un partido monárquico, el carlista, que fué siempre federal y descentralizador.

Y ahora nos queda el tercer aspecto de la cuestión, el que se llama religioso.

Preciso es confesar que lo que ha unido á republicanos y socialistas no ha sido un común ideal económico, ni político, sino una común aversión al catolicismo. Lo que en España se llama radical, no lo es, ó mejor dicho, no parece serlo sino en el respecto de la política religiosa. Un furibundo anti-clerical puede ser un perfecto reaccionario en otros respectos.

Tómese la mayor parte de las publicaciones socialis-

tas españolas, y se verá que el cura les preocupa mucho más que el capitalista. Combaten con más saña á un convento, que no á la más implacable explotación industrial. Y hay grandes propietarios de tierras que hacen mil veces más daño que cien conventos. ¿Es porque el clero, es porque la Iglesia Católica sea el principal sostén y apoyo del régimen capitalista actual? No. Es sencillamente el odio al clero, ó mejor dicho, el odio al catolicismo.

Claro está que este no es ni universal, ni muy profundo dentro de nuestro republicanismo. Hay muchos republicanos, y muy conspicuos, que oyen misa todos los domingos y fiestas de guardar, y comulgan por lo menos una vez al año, ó antes si fuese menester. Y casi todos, ¿qué digo casi? todos se casan por la Iglesia, bautizan á sus hijos, y los hacen comulgar. Pero no cabe dudar tampoco que lo que distingue realmente al republicanismo es su tendencia anti-clerical. Hasta los que se confiesan católicos, ó tienen por lo menos la prudencia de no declararse anti-católicos, son anti-clericales. Quieren limitar las prerrogativas de la Iglesia; matrimonio civil, cementerios civiles, ley de divorcio, enseñanza neutral, libertad de cultos, separación de la Iglesia y el Estado, etc., etc. Todos son, quieranlo ó no, heterodoxos.

Pero ¿es que en rigor nuestro republicanismo, tomado en conjunto, se limita á este liberalismo más ó menos anti-católico? Ojalá. Porque las tendencias íntimas del republicanismo español, aunque no todos los republicanos se den de ello cuenta, son no solo anti-católicas, sino anti-cristianas y anti-religiosas. La única médula ideal del republicanismo español hoy es lo que llamaré, á falta de otro nombre, cientificismo.

El cientificismo no supone ciencia. Por el contrario, el hombre de ciencia es el que más duda de ella. No es el que mejor conoce la mecánica el que antes cae de rodillas ante una locomotora adorándola.

Desde hace algunos años se han desencadenado sobre España el aluvión de libros de vulgarización, y mejor aún de avulgaramiento científico ó pseudo-científico, mal traducidos. Obreros que ignoran los rudimentarios elementos de las ciencias se han puesto á leer á Haeckel para ver cómo venimos del mono. Y esto por odio, ó



mejor por desengaño de la religión que se les enseñaba. Y ha nacido la superstición del progreso y de la emancipación de la conciencia. De la más tosca y abyecta superstición católica se pasa á la superstición científica ó atea, no menos tosca ni menos abyecta. La conclusión, expresa ó tácita, conciente ó no, de tal actitud de espíritu es la de que no hay otra vida sino esta, y al fin puramente temporal del progreso hay que limitar nuestros esfuerzos todos. El progresismo, en su forma menos espiritualista, es la filosofía íntima de nuestro ideal republicano. Y lo que más le contraría son ciertas tendencias siempre vivas en el espíritu de nuestro pueblo, con más ó menos claridad de conciencia. Porque hay entre nosotros quienes aún sin creer no se resignan á esa pérdida de la fé, ni logran sustituirla con el amor al progreso. Y estos escépticos aparentes, odian el vacuo progresismo.

Y como estos inmortales anhelos subsisten en la subconciencia de nuestro pueblo, y determinan su modo de ser, sentir y obrar, de aquí que el progresismo republicano, declarándose europeizante, sea el que contribuye más á la denigración de la patria, llegando á calumniarla. Son los republicanos los que más hablan de nuestra decadencia, los que proclaman, exageran y hasta inventan los males de España. Ha sido un republicano el que ha dicho que se sentiría mal español, si creyese que nuestros gobernantes iban á hacerlo bien. Y como por otra parte tenemos aquí la conciencia de que esta nuestra patria progresa evidentemente, que la libertad de que en España se goza es grandísima, tan grande como la mayor de que en el resto de Europa pueda gozarse y que todo eso de la decadencia no es sino un tópico de oposición; aparecen en general los republicanos como malos españoles que por pasión política callan la verdad de lo bueno ó la atenúan, exageran la verdad de lo malo y la propagan ó inventan mentiras, embustes y patrañas, haciéndolas circular por Europa, no se vé bien con que propósito.





Es opinión corriente hoy en España la de que es la prensa republicana la que más contribuye á propagar y sostener esas sistemáticas campañas de denigramiento compuestas de informaciones exageradas, incompletas, truncas, y con no poca frecuencia, del todo falsas. Así es como se ha fraguado la ridícula leyenda de una España esclava del Vaticano, sometida á la omnipotencia del clero (!), donde no pueden conservar su independencia quienes no comulguen en la Iglesia Católica, Apostólica, Romana. Lo cual es perfectamente falso. Lo que hay es que somos muchos, muchísimos, más de los que se cree, los que como yo, aún no siendo católicos, sentimos, unos, los más, la casi totalidad sin darse clara cuenta de ello, y otros dándose plena conciencia, una aversión profunda á ese ideal progresista de vida, que es la filosofía latente de nuestros republicanos, á ese ideal acaso ingenuo, pero en rigor vacuo. Por mi parte no he de negar que la filosofía republicana—porque la hay—española, me ha parecido siempre de una ramplonería desesperante y digna del inmortal Mr. Homais que creara Flaubert. Es, en rigor, la filosofía misma del anarquismo. Y en este pueblo, que vivió siempre de otros ideales, aún los escépticos y los desesperados sentimientos repugnancia á ese pobre ideal republicano.

Lo cual no quiere decir, claro está, que no haya entre nuestros republicanos, quienes por dentro sientan otras ansias y otras aspiraciones y tengan otra visión del porvenir de nuestro pueblo. Al fin y al cabo son españoles. Y hasta no negaría que hubiese entre ellos quien pudiera llegar á ser para nosotros lo que para los italianos fué Mazzini, místico del republicanismo. Y mientras el republicanismo español no encuentre su mística, estará perdido. Ni la filosofía de Pí y Margall, ni la de Salmerón, eran filosofías españolas; la de Castelar lo era más, pero ésta la han olvidado nuestros republicanos. Y todo es, dígase lo que se quiera, cuestión de filosofía.

MIGUEL DE UNAMUNO.

SALAMANCA, *Noviembre*, 1911.

